

## Marionetas que se enredan entre cajas de cartón

Ángeles Martín Moreno  
3<sup>er</sup> Accesit categoría senior

Decidí comprarme una mochila porque los libros me estaban reventando el hombro derecho. La edad de mis huesos no se corresponde a la de un chaval recién graduado que acaba de aprobar la selectividad, y se dispone a comerse el mundo con su 7.37 de media. No. Tengo treinta y cinco años, soy madre soltera y trabajo de freelance para una empresa de cosméticos. Apasionante.

Lo de volver a la universidad fue más un acto de rebeldía tardía que una decisión consecuente y lógica tras un largo periodo de reflexión. Alguien dudó de mis capacidades, otro me hizo sentir una inútil y mi madre, especialista en meter el dedo en la llaga y, no contenta con eso, ahondar en la herida hasta hacerte sangrar a chorros, me recordó que mi vida había pasado sin pena ni gloria y que me había convertido en un auténtico chasco.

Y aquí estoy, en una clase de "Producción y Gestión", intentando mantener la cabeza erguida y la saliva dentro de la boca. No me malinterpreten, me interesa mucho, pero mis varias ocupaciones me impiden estar fresca y lozana en las primeras horas de la mañana. Bastante tengo con llegar puntual a clase y no acabar con la cabeza en el hombro de algún compañero adolescente, roncando mientras le lleno el hombro de babas con olor a café. Y yo que pensé que ser madre era difícil.

Miro el reloj, faltan cinco minutos para acabar la clase. Después tengo el tiempo justo de ir al baño (mi vejiga ya no es lo que era), dar un par de caladas a un cigarro y sacar un café insípido de la

máquina del vestíbulo. Siento que mis jornadas se han convertido en una carrera contrarreloj, y yo nunca tuve fuerza suficiente en las piernas. A mi favor diré que suplí esa carencia con una inusitada fortaleza en mi mitad superior, aunque ahora se haya visto algo degradada por el imparable correr de los años. De ahí el pasar de usar bolsos extra grandes en los que perder las llaves, los tãmpax y algún condón caducado, a usar mochilas de tela negra y suave acolchado en las asas, en las que ahora no hay manera de encontrar los bolis, los subrayadores fluorescentes y, cómo no, la tan necesaria agenda.

Entro a la siguiente clase apestando a tabaco y con las mejillas tan sonrojadas como las de un querubín, a causa del esfuerzo sobrehumano que me supone subir los dos pisos a pie. Creo que desde el parto algo se me desencajó por ahí dentro, y ahora subir escaleras me cuesta mucho más que antes. Tendré que hacérmelo mirar.

Me siento al lado de Pepe, un chaval tímido y enormemente alto, que me sonríe encogiendo los hombros, como si supiera que estar en mi pellejo no es fácil pero que, oye, tú lo has querido. Le devuelvo la sonrisa y saco una de las toallitas de Leo de la mochila. Leo es mi hijo. Me refresco la cara y suspiro, hasta que veo una docena de caras que me miran como si estuviera loca. O lo que es peor, como si no supieran qué hace aquí una señora despeinada, con raíces negras de tres centímetros, que siempre va corriendo a punto de morir asfixiada, y que suspira ruidosamente. Todo esto mientras ellos intentan aprender algo. No quiero ni pensar en lo que pensará de mí mi hijo cuando llegue a esta edad.

De algún modo, toda esta escena, en la que no hemos empleado más de quince segundos -y eso

siendo generosos- hace que quiera estar aquí con más ganas, para demostrarles a todos los que no me valoran que puedo estar a su altura, e incluso escupirles desde más arriba si me apetece. Así que los miro con cara desafiante y saco un cuaderno de la mochila. No sé para qué, con tantas prisas y tanto pensamiento interno, no me he dado cuenta de que el proyector está preparado para ofrecernos una de esas interminables obras de teatro en polaco y sin subtítular. Me pregunto para qué sirve ver una obra en polaco sin subtítulos. Según el profesor, tenemos que ser conscientes del movimiento escénico, y para eso no nos hace falta entender lo que dicen. Sinceramente, nunca he aguantado despierta más de diez minutos, aunque él tampoco, claro. Y del movimiento escénico ni enterarme.

Abro un ojo justo a tiempo. En la pantalla aparecen los saludos finales y Gaspar, otro chaval que no es ni tímido ni alto, pero que odia hablar con sus compañeros -no ha venido aquí para hacer amigos, dice- se levanta y enciende la luz. Algunos se sobresaltan, otros ya están restregándose los ojos, y antes de tener tiempo para nada más, el timbre suena y empiezan las carreras. Otra vez.

Me toca volver a casa. Solo dispongo de una hora y salgo disparada. Me gusta volver para dar de comer a Leo. Ya tiene dos años, pero le gusta comer con su madre -en realidad a su madre le gusta comer con él-. Como siempre he trabajado desde casa nunca lo he llevado a la guardería, o escuela infantil, como se supone que debemos llamarlo ahora. Algunas veces, si no quedaba más remedio, mi madre se encargaba de él, y encantada de la vida. Ahora no le queda más remedio cinco días a la semana, y ya no le gusta tanto. Podría contratar a alguien, pero no quiero dejar a mi hijo con ninguna desconocida que pueda enseñarle a

comer pipas o que le cante las nanas que yo no sé cantarle. Así que se queda con su abuela, que en este caso, y a pesar del trastorno que según ella le supone, está de acuerdo conmigo. Cuando abro la puerta Leo está chillando como un cerdo a punto de entrar al matadero. Mi madre está sentada a su lado, llorando. La primera vez que vi esta escena estuve a punto de sufrir un síncope, pero ya no me inmuto. El niño quería un dulce, o un juguete, o las dos cosas; mi madre le ha dicho que no, y aquí están los dos, como plañideras en un entierro. Es lo que pasa siempre. Tiro la mochila, me agacho para dar un beso a mi madre y cojo a Leo en brazos. Es increíble lo que ha crecido en tan poco tiempo. Se seca las lágrimas con una mano, se limpia los mocos en mi jersey y me acaricia la mejilla con su mano regordeta. Me sonrío y en ese momento siento que podría explotar. Le aprieto fuerte contra mi pecho, hasta que me grita ¡Mamá, baja! al oído. Y después de este momento de inmensa felicidad, vuelven las prisas.

Caliento la comida que dejé preparada por la mañana, le siento en su silla favorita y comemos mientras mi madre nos mira enfadada desde el sofá. Sé que se le pasará enseguida, y no le pregunto nada. Solamente le sonrío como Leo a mí un rato antes, intentando que ese simple gesto nos reconcilie no sé de qué, pero se levanta y sale dando un portazo. Cuántas cosas cambian cuando nos hacemos mayores, me digo.

Cuando decidí tener a Leo mi madre se opuso tajantemente. A fin de cuentas yo era una mujer sola y sin ningún tipo de interés por una relación futura. Quería un hijo, pero no necesitaba un padre, o eso pensaba. Algunos días imagino cómo hubiera sido mi vida si hubiera hecho las cosas de otra manera, con un marido, una casa grande y

palomitas los viernes por la noche. Pero entonces veo a Leo y se me pasa, porque no lo he hecho tan mal. Es un niño precioso y sé que será un gran hombre en el futuro. Pamplinas, diría mi madre, eso no puedes saberlo, pero sí, lo sé. Además mi piso no está mal, el sueldo me deja incluso ahorrar un poco, y las cosas van saliendo. Más o menos.

Entre reflexión y reflexión el tiempo se me echa encima, no llego a mi siguiente clase. Decido que por hoy no importa, que pasaremos la tarde juntos y comeremos palomitas de los viernes después de su siesta. Llamo a mi madre y le digo que puede irse a casa. Me contesta que sabía que no aguantaría y se larga dejándome con la boca abierta y los ojos llenos de lágrimas. Claro que aguantaré, es solo una tarde libre. No entiendo la facilidad que tienen algunas personas para joderme el momento.

Sabía que esta vida de universitaria madura no iba a ser fácil, pero tantas piedras en el camino me hacen tropezar, claro. Soy humana. Pero también soy cabezota como un burro, así que cuando Leo se queda dormido, enciendo el ordenador y acabo tres trabajos de clase que tenía empezados. Es la ventaja de tener un hijo que duerme como un lirón cuando le dejan. Como el niño sigue dormido, empiezo a leer uno de los libros obligatorios de este semestre, y entonces suena el teléfono. Es mi madre. Me dice que lo siente, pero que es vieja y está cansada y que pelear a diario con un niño pequeño le está restando años de vida. También me dice que se alegra de que lo deje, porque a fin de cuentas yo ya tengo un trabajo que no está mal. Tengo ganas de decirle que todo esto es culpa suya, pero le digo que no lo he dejado, que simplemente me he tomado una tarde libre. Suspira -de ahí me viene- y sé que mañana estará aquí. Cuelga con un

te quiero, un poco susurrado, para que no me acostumbre.

El teléfono ha despertado a Leo, que aparece con el pelo revuelto y me pide "teso". Siempre se despierta con hambre y siempre quiere queso. Como su madre. Merendamos en la mesa de la cocina, hacemos un bizcocho de chocolate e intento cantar con él una canción de esas infantiles que tanto le gustan, hasta que me dice "mamá, mal". Entonces bailo, bailamos, hasta que estoy tan cansada que no puedo moverme. Leo se ríe y me lleva al dormitorio de la mano. Decido que hoy no vamos a bañarnos ninguno de los dos. Le pongo el pijama y le acuesto conmigo, en mi cama. La idea es llevarle a la suya cuando se quede dormido, pero entonces ya es de día y mi madre está entrando por la puerta.

Es curioso, pero el día de ayer me ha reafirmado en mi decisión. Entro a la ducha desgañitándome, y salgo contenta y como nueva por primera vez en meses. No reflexioné mucho a la hora de volver a estudiar, pero empiezo a entender que tampoco fue una decisión a la ligera. De algún modo yo quería hacerlo. Ahora solo tengo que entender que no puedo hacer esto para demostrarles nada a los demás. Si lo hago -y lo estoy haciendo- es para demostrarme algo a mí misma. A veces actúo como si alguien moviera mis hilos, pero qué narices, puedo cortarlos cuando quiera. A fin de cuentas ya tengo treinta y cinco años, un trabajo decente -ejem- y un hijo maravilloso. Soy toda una mujer, en resumen. Soy toda una madura universitaria que va a poder con todo y sin depender de nadie.

¡Vas a llegar tarde otra vez!, me grita mi madre. He vuelto a perder el hilo, sí. Me visto a toda prisa, les digo adiós desde el pasillo, lanzo un beso desde

la puerta y salgo a la calle. No encuentro mi moto. A ver, piensa. Ayer volví a casa en taxi, lo que quiere decir que... ¡Mierda, me dejé la moto en la facultad! Salgo corriendo para intentar pillar el primer taxi que vea, que resulta que no pasa hasta cinco minutos después, cuando estoy a punto de echar el bofe con tanta carrera. Una vez que me tiro dentro en plancha, recuerdo algo más. ¡Tenía que entregar el último folleto de cremas anti-arrugas ayer por la tarde! Tendré que dedicarle un rato entre segunda y tercera hora y enviarlo sin falta. No se molestarán, no tienen una redactora de catálogos mejor que yo. Apoyo la espalda en el asiento, un poco sucio, por cierto, y suspiro. Miro el reloj. Voy un poco justa, pero llego. Hoy a primera hora tengo "Historia de las Artes del Espectáculo". Me fascina esa clase. Es como si habitara un mundo totalmente diferente, en el que una mujer con mi cara sale vestida con un corpiño y llevando un látigo en la mano para domar a sus tigres; o como si una mujer con mi cara dirigiera una obra de teatro absolutamente maravillosa; o como si una mujer con mi cara... Pierdo el hilo otra vez. Preparo el cuaderno y el bolígrafo negro en el taxi, y me prometo no subir corriendo las escaleras. No quiero aparecer otra vez como la loca arrebatada que se refresca con toallitas. Cuando llego a clase Pepe me sonríe, pero noto más calidez en su gesto. Será que está sentado al lado de Susana, la chica guapa de clase que no, no es rubia, pero tiene los ojos más azules que yo haya visto nunca.

Me siento en la tercera fila y le digo hola a Gaspar, que se mira la punta de los zapatos y responde con una ligera inclinación de cabeza. Sé que cuando acabe el curso Gaspar tendrá más amigos de los que pretende, y puede que incluso a

mí me invite a tomar una cerveza algún día. Ah, ya llega el profesor.